

EL ASCENSOR

Julián no había dormido casi nada aquella noche, la incertidumbre que le provocaba intentar conseguir aquel trabajo, no le dio opción a pensar en otra cosa que no fuera: qué debía decir o hacer durante la entrevista. Se puso los zapatos nuevos, el traje que llevó en la boda de su amigo José, y se marchó en taxi hasta el edificio empresarial. No tardó más que quince minutos en llegar. Se paró durante unos instantes a observar la majestuosa e imponente estructura acristalada y suspiró colocando su corbata bien ajustada al cuello de la camisa. Pasó el control en recepción, acreditó su pase y se dirigió a uno de los ascensores. Al mismo tiempo entró en él un hombre de mediana edad, trajeado, y a su vez otro bastante más mayor, con un traje en apariencia caro y con la sensación de estar al borde de la jubilación o incluso haberla sobrepasado. El elevador comenzó a ascender a una velocidad constante, pasando numéricamente por todas las plantas como si nada. Julián repasó en su mente, entre el nerviosismo y la obligación, todo lo que debía decir para convencerlos de que era el hombre que necesitaban. En un instante crítico, álgido en su ensimismamiento, se vio obligado a abstraerse de sus pensamientos, el ascensor emitió un quejido sordo y se detuvo en seco. Los tres hombres hicieron lo posible para no perder la estabilidad agarrándose con torpeza a las lisas paredes de chapa. Se miraron, y el de mediana edad se lanzó sobre el timbre que contactaba con recepción. Al segundo, una voz femenina hablaba a través del interfono.

-Hola, buenos días. ¿Ocurre algo en el ascensor siete?.

-Sí, señorita. Se ha parado. -contestó con aires de comicidad.

-Voy a hacer unas comprobaciones, no se alarmen. Me llevará un par de minutos.

Se devolvieron las miradas en el interior del habitáculo. El tiempo apremiaba para Julián. Se movía inquieto. Para él sería una tragedia no llegar a la hora prevista. Parecía que iba olvidando por momentos todo aquello que había repetido una y otra vez frente al espejo de su casa la noche anterior.

-¿Son tres hombres, verdad?. -volvió a hablar la chica invisible.

-Sí. -respondió de nuevo el mismo hombre pulsando el botón para hablar.

-Está bien. Los veo a través de la cámara instalada en una esquina del ascensor, no es de mucha calidad la imagen que me llega pero atisbo tres figuras masculinas. Verán, el sistema electrónico ha sufrido una pequeña avería. Desde aquí no puedo hacer nada. Me dispongo a llamar al servicio técnico. No tardarán mucho en llegar, evaluarán los daños y los solucionarán en breve. No pierdan la calma, podremos mantenernos en contacto cada vez que lo necesiten si pulsan el botón del interfono. Les informaré sobre como transcurre la reparación.

Julián se abalanzó hacia las ranuras por las que salía la voz, y pulsó el botón.

-Señorita, tengo una entrevista de trabajo muy importante en tan sólo quince minutos, ¿no hay manera de abrir esta puerta?. Necesito salir lo antes posible.

-Ya les he dicho que desde aquí no puedo hacer nada. Apremiaré a los empleados del mantenimiento del ascensor para que lo reparen cuanto antes, no puedo decirle otra cosa.

Julián apoyó su espalda en el frío cristal del pequeño espacio que ocupaba y clavó el mentón sobre su pecho. Parecía abatido ante sus compañeros de celda.

Pasaron los quince minutos que disponía para llegar a la cita sin tener noticias desde recepción. Todo había acabado. No llegaría a tiempo...

-¿Es usted seguidor del Real Madrid?. -le preguntó el hombre de mediana edad, entablando conversación consciente de que pasarían un buen rato ahí encerrados.

-Sí. ¿Cómo lo sabe?. -respondió Julián con la sensación de desilusión aún vigente.

-He visto el llavero que sobresale de su bolsillo...

-¡Ah sí!. Esto... Me lo regaló un amigo. Se llama José, se casó hace un mes. Es socio del Real Madrid y...

-¡Yo también lo soy!. Y desde hace quince años.

El de más edad, que hasta entonces parecía ausente, como un muñeco de cera, giró su cabeza para apreciar el llavero que Julián sostenía en su mano y sonrió.

-No más años que yo... -habló por fin todavía sonriente.

-¿Cómo dice?. -preguntó Julián.

-Me refiero a que llevo muchos más años en el club. Cuando cumplí los dieciocho, mi padre me hizo el primer carnet de socio. Desde entonces estoy unido a esta gran familia...

-Bueno, -decía el hombre de mediana edad- si vamos a estar aquí encerrados, lo mejor será presentarse. Mi nombre es Fermín.

-El mío es Julián.

-Yo me llamo Antonio. -los tres se estrecharon la mano.

-Al menos somos todos madridistas... -cuando dijo esto Fermín, fue inevitable que rieran al unísono.

-Hola de nuevo. -dijo la voz femenina sin nombre. -Los técnicos ya han llegado. Al parecer ha habido un cortocircuito en ese ascensor. El sistema se ha bloqueado por seguridad. Dicen que les llevará unos treinta minutos reparar los daños.

-Muy bien. Dícales que les esperamos aquí, no nos moveremos hasta que lo arreglen. -respondió Fermín con ironía, y la voz femenina se apagó.

-A mí también me gustaría ser socio... -pensó Julián en voz alta. Al percatarse de que lo habían oído, se explicó. -No tengo trabajo. Cuando consiga una estabilidad, me haré con el carnet que ansié durante todo este tiempo. Vivir en Madrid, ser tan madridista, y no poder ser socio es una verdadera tragedia...

-Disfrutarías como un niño. El Real Madrid es un equipo que nunca decepciona, siempre da la cara aunque el partido parezca perdido. Aún recuerdo la “Quinta del Buitre”. ¡Qué maravillosa época madridista!. En mi retina perdurará para siempre aquel encuentro de Copa de la UEFA que viví en el estadio, cuando remontamos un 3-1 que el equipo de Luis Molowny se trajo de San Siro. El partido en el Santiago Bernabeu debía ser perfecto, y así lo fue. La excelencia privó en cada jugada, combinando técnica, táctica y potencia física. Fue necesaria una prórroga muy emocionante para voltear el marcador que se igualó en los noventa de juego. Los remates de Santillana, la exquisitez del Buitre y el carácter de Juanito que ayudó con su moralidad ganadora, hicieron de nuestras delicias aquella noche de Abril de 1986. De esta eliminatoria salieron las famosas palabras del carismático delantero con el número siete a la espalda: “Noventa minuti en el Bernabeu son molto longo”.

-He oído hablar de aquello. Debió de ser impresionante... -decía Julián.

-Más aún, ganando el título ante el Colonia poco después. -intervino Antonio. Rió. -Para mí, la época que más gratos recuerdos me trae la memoria, fue el esplendor blanco, en las cinco primeras Copas de Europa. Yo fui al campo siendo un niño de seis años. Se preguntarán cómo un niño de seis años puede conservar recuerdos de aquello, pero así es, incluso con algunos detalles. Es parte de la grandeza de este club, cuando presencias a este equipo, ocurren cosas inexplicables, maravillosas. Fue durante la quinta edición de la Copa de Europa. En la semifinal ganamos al campeón de Liga en aquel año; el Barcelona. Y en la final, nuestro equipo le endosó una escandalosa goleada al Eintracht de Frankfurt alemán. Se ganó por 7-3 en el estadio Hampden Park de Glasgow, en Escocia. El equipo lo dirigía Miguel Muñoz y una media de 4,44 goles por partido es expresar con números, el espectáculo vivido durante aquel nuevo y frenético año de éxito madridista. Mi padre me llevó hasta aquel frío país para seguir viendo triunfar a Di Stefano, Puskas o Gento. La gente que viajó con nosotros eran fervientes seguidores, todos hablaban de las impresionantes jugadas que hacían con el balón sus ídolos, los niños jugábamos siempre creyendo ser uno de ellos y las mujeres suspiraban al verlos. Eran otros tiempos, pero el orgullo de ser madridista se iba forjando desde ese día y desde otros mucho más atrás, y así, esos mismos

sentimientos siguen perdurando aún hoy, que no son otros que los que provocan el placer de pertenecer al mejor club de fútbol del mundo. Hacía mucho frío, en las inmediaciones del terreno de juego hervía la pasión, los contrarios hablaban de destronar a los reyes, y de que al fin debía llegar la hora de que alguien sustituyese a ese grupo de jugadores invencible. La prensa se volcó con el encuentro. La relevancia internacional de aquel partido traspasó muchas fronteras, y yo, gracias a mi padre, fui partícipe del espectáculo vivido en las gradas en aquel glorioso día. Siempre tendré presente los gritos del gentío, los saltos de alegría, las consecuciones de los goles en nuestra zona del estadio...

-No sabe lo que me gustaría haber vivido eso.. -respondió boquiabierto Fermín.

-Y yo lo que los envidio a los dos... -musitó Julián.

-No tienen porque hacerlo, ni uno ni otro. -siguió hablando Antonio. -A ustedes les quedan muchas tardes de alegrías blancas, están en la primavera de sus vidas, y tengan muy presente, que el Real Madrid nunca se rinde ante sus propósitos, siempre lucha con sudor y sangre hasta conseguir la victoria. Estoy completamente seguro, que podrán disfrutar en el campo y hacer disfrutar a los suyos con una simple entrada que conduce a los sueños, de nuevas tardes gloriosas y de títulos increíbles. Pronto tendremos la oportunidad de intentar conseguir la ansiada “Décima”, y tal vez, alguno de nosotros vayamos a verlo en directo, junto al césped.

-No obstante, la sensación de envidia por sus experiencias es inevitable. No sé cuándo podré llevar a mi hijo al campo... Sin trabajo, sin dinero... La semana que viene cumplirá seis años, justo los que tenía usted cuando vio la “Quinta” Copa de Europa. -decía Julián bajando la mirada.

-¿Qué clase de entrevista tiene usted hoy?. -preguntó Antonio.

-Pretendía que me contrataran para una vacante en la administración de la empresa pero... creo que mi tren ya ha pasado.

-Es una lástima. -intervino Fermín. - Ha tenido muy mala suerte quedándose aquí encerrado, con dos completos desconocidos que, a la postre, han avivado su melancolía de querer ser socio del Real Madrid sin tener capacidad para ello. Lo siento mucho, de veras...

-No debería dar por sentado aún que ha perdido el trabajo. -contestó Antonio. En ese momento, un pitido sonó en el interior del ascensor.

-Señores, los técnicos me comunican que el ascensor está casi reparado. No se asunten si en breve comienza a moverse. -dijo la voz femenina desde el mostrador de recepción.

Esperaron impacientes el alivio de poder salir de allí. Los tres habían conocido parte de sus grandes experiencias como madridista consagrado, madridista más reciente y las ansias de conseguir disfrutarlas por otro lado.

Las luces que indicaban los números de las plantas comenzó a desplazarse de uno a otro y ascendieron como lo harían poco antes de estropearse el elevador.

-Verá, señor Julián. -dijo Antonio mirándole con una sonrisa cómplice. -Ahora que queda poco para bajar de esta habitación de claustrofobia, le diré una cosa: Un madrista como usted no debe estar fuera del Bernabeu, conozco la mirada de un verdadero seguidor, los años que llevo asistiendo al campo me hace identificarlas entre millones, hay muchos que creen serlo y en realidad no hacen ningún bien al club... Creo que la compañía de ambos me ha ayudado a llevar una situación como esta, le aseguro que esta empresa le dará el trabajo que busca.

-Eso hubiera esperado antes de llegar aquí, pero ahora... Le doy las gracias por su optimismo pero... Bueno, creo que esta es mi planta. Ojalá siga allí aquel que debía hacerme la entrevista y me conceda una última oportunidad.

Las puertas se abrieron por fin, y Julián bajó. Por el ascensor contiguo, se disponía a entrar un hombre cargado con carpetas.

-Encantado de haberles conocido, madridistas. Disfruten del día. -se despedía Julián y, para su asombro, Antonio bajó y llamó al hombre que portaba los archivadores repletos de papeles.

-Oíga, ¿usted es Francisco? ¿El encargado de las entrevistas de trabajo?.

-¿Señor Antonio?!... Es un alago que me conozca... Así es, ¿qué desea?.

-Procuro conocer a la parte más importante de la plantilla de mi hijo.

-Acabo de terminar mi turno aquí, me disponía a subir para...

-¿Tiene ya al nuevo empleado de administración?.

-Sí, es un chico que ha terminado los estudios de economía y...

-Bien. -volvió a frenar sus palabras. -Pues a ese nombre añada el de este chico, se llama Julián... -dijo señalándolo. Fermín se quedó incrédulo en un rincón, inmóvil en el interior del ascensor.

-Podría hacer algo pero... el puesto es para una sola persona, su hijo dijo...

-No creo que venga mal otro administrador. La empresa está creciendo y muy pronto necesitaremos a uno nuevo, así que... ya lo tiene usted delante.

-Está bien. -contestó mientras volvía al despacho para anotar el nombre del joven.

Sin poder mencionar palabra, pasmado y sin respuesta coherente por la asombrosa situación, Julián miró a Antonio. Permaneció estático, hasta que éste le indicó con gesto sonriente que entrara tras Francisco para ser contratado.

-Muchísimas gracias, Antonio... -acertó a decir Julián reprimiendo las ganas de llorar por la alegría que explotaba en su interior.

-No hay de qué. ¡Ah, por cierto!... que mejor forma que despedirnos diciendo: ¡HALA MADRID!. -después de decir esto, Antonio rió y volvió al interior del ascensor reparado.

Se reencontraron por casualidad poco tiempo después, en las inmediaciones del Santiago Bernabeu. Fue un día de partido, la sorpresa fue mayúscula para los tres madridistas que un día se conocieron en el interior de un ascensor averiado. Felices de volver a verse, recordaron su encierro involuntario. Julián les presentó su hijo a Fermín y a Antonio. La cara del niño se iluminó desde que entró a ver a sus ídolos hasta mucho tiempo después del partido, nunca olvidaría su primera visita al Coliseo Blanco.

Disfrutaron, vibraron, saltaron, y tras el encuentro, se reunieron para despedirse entre abrazos y satisfechos por el triunfo del equipo. Una sensación de orgullo y casta, de pasión y de leyenda, que generación tras generación, se va renovando sin descanso porque, ser madridista es una experiencia inolvidable, única y siempre placentera, que perdura a lo largo de la historia, pues cada época tiene su recompensa en forma de victoria. Sin excepción...